

jornadas de camino, y se creyó indicar la isla de Babeque.

27 Interrumpió esta conferencia la llegada de una canoa con quarenta hombres de la Tortuga. No pudo tratarse con ellos, porque disgustado de su venida el señor hizo volver al mar á los que habian desembarcado, y ahuyentó la canoa echando agua y algunas piedras contra ella. Nuevamente continuan los tratos, detenidas las naves por causa de los vientos del este, ordinarios en aquellos parages. Algunos españoles entran á explorar la comarca, cunde la voz de gentes prodigiosas, y van viniendo al surgidero los vecinos de otras poblaciones. Presentóse un principal señor acompañado de mas de doscientos hombres, y fué con parte de ellos á la capitana trayendo de presente un cinto, parecido á los que usaban entonces en Castilla, pero de labor muy diversa, y dos planchitas de oro. Dejó la comitiva sobre cubierta, y con solos dos ancianos entró en el castillo de popa á tiempo que comia el general. Sentado á par de él con gran compostura proferia ciertas palabras en tono grave: hablaban tambien los ancianos puestos á sus pies, ya mirandole á la boca, ya vueltos á los nuestros. Colón le hizo servir diversas viandas y de beber: pero él no hacia mas de probar cada cosa, y

enviarla á los suyos que comieron de todo. Despues se le mostraron las banderas de la empresa, el estandarte de las armas reales, y los rostros de los reyes en la moneda de oro que llamaban excelente, añadiendo gestos y acciones conducentes á inspirar ideas magníficas del imperio español. Atónitos los tres salvages de quanto veian y entendian, hablaban entre sí y con los nuestros, expresando de varios modos su admiracion. Llevó el señor de regalo un arambel ó paño de sobremesa, unas cuentas de ambar, unos zapatos colorados, y una redoma de agua de azahar: con lo qual se fué sumamente alegre y satisfecho. Era de ver el orden con que marchó la vuelta de su casa conducido en andas y acompañado de un numeroso cortejo. Seguiale á cierta distancia un hijo llevado sobre hombros con igual comitiva. Finalmente en otra division poco menor iba un hermano suyo á pie en medio de dos personas honradas asido de sus brazos. Delante del señor andaban tantos hombres quantas eran las preciosas dádivas, trayendo cada uno la suya.

28 Muy agrado quedó Colón de los naturales de esta comarca: descríbelos mas blancos, mas hermosos y bien hechos que los anteriores, mansos, obsequiosos, suavísimos en el trato, sin vestigio de su-

persticion. Ya los consideraba vasallos de la corona de Castilla, y próximos á recibir la fe católica: tomando por anuncio de ello la oficiosidad con que ayudaron á poner una cruz en la plaza del pueblo, y su gusto en remedar los actos de adoracion que veían en los christianos. Por estos respetos puso especial cuidado en acariciarlos; y mostrándose aquí mas escrupuloso que en Cuba y las Lucayas, escusó la mala obra, á que le incitaba el deseo, de llevar consigo á un viejo que pareció indicar islas ó países donde habia cantidad de oro, y artífices que lo fundian y labraban.

29 La noche precedente al 19 se hizo á la vela con tal oposicion de vientos, que fueron menester dos dias para avanzar unas seis leguas hasta el ancon de Luisa, ó sea puerto de Acúl. Dióle Colón el nombre de santo Thomas, en cuyo dia lo anduvo reconociendo, maravillado de sus excelentes calidades. Habla de ellas con entusiasmo, y no menos encarece quantos objetos presentaron las tierras que pudo divisar; vegas de indecible amenidad, montañas altísimas pobladas de arboleda verde, la comarca toda cultivada y llena de habitantes. Acudió tanta multitud de ellos, que segun dejó escrito Colón, "cobrian la tierra," dando mill gracias hombres y mugeres y niños: los

„ unos corrian de acá, los otros de allá á traer pan „ de ñames á que ellos llaman ages, y agua, y „ quanto tenían y vian que los christianos querian; „ y todo con un corazon tan largo y tan contento, „ que era maravilla.“ Las mugeres, lejos de escon- derse como en otras partes, llegaban las primeras, trayendo frutas de cinco ó seis especies. En tres dias que estuvo surta el armada en este puerto, no cesaron de venir gentes nuevas, en que se contaron cinco señores con sus familias y honrados acompañamientos. Persuadidos que los españoles eran hombres del cielo, en verlos se tenían por bienaventurados. Todos traían que dar, y no contentos con eso, les ofrecian otras muchas cosas si se dignaban ir á sus poblaciones. Fueron en efecto á una seis hombres solos, y experimentaron la obra muy superior á las promesas. Cada vecino les traía lo mas precioso de su casa, ovillos y varias manufacturas de algodón, papagayos, ánsares cebados, y pedacitos de oro. A la vuelta los acompañó mucha gente, cargando unos con las dádivas, otros porfiando por traerlos acuestas. Concurrieron asimismo á las naves en grandísimo número, muchos á nado, los mas en canoas y con sus presentes, ostentándolos al acercarse puestos en pie para grangearse el buen recibimiento. Por lo general ofre-

cian comidas de pan y pescado, agua en cantaritos de barro pintados como de almagre, y ciertas simientes ó frutillas como especias, de las cuales echaban un grano en una escudilla de agua y bebían mostrando que era cosa muy sana. Esta parece ser la primera noticia del agí ó pimiento de Indias, y este el primer paso donde se hace mención de vasijas de barro para beber, porque en todo lo de antes jamás se nombra otro género de vaso sino las calabazas. Tuviéronse también aquí no dudosos indicios de haber en esta isla mucha copia de oro, de venir á buscarlo allí los de otras tierras, y del modo de cogerlo entre las arenas de los ríos ó arroyos procedentes de sierras altas en ciertos lugares. Señaladamente se entendió, que en una provincia llamada Cibao había minas riquísimas. Tales nuevas, y la adquisición de buenos pedazos de oro, regocijaron el corazón de Colón sin duda más que la semejanza de las voces Cibao y Cipango, y le hicieron prorumpir en estas palabras: "Nuestro Señor, que tiene en las manos todas las cosas, vea de me remediar, y dar como fuere su servicio." Temeroso al parecer de que las regiones y gentes descubiertas satisficieran poco á la corte, ansiaba por el oro para llenar el vacío de sus promesas.

30 Con este afán esperaba con impaciencia vien-

to favorable para navegar en busca de los lugares indicados. Entre tanto viene á la capitana en una gran canoa llena de gente un enviado de Guacanagarí, cacique principal, ó reyezuelo de aquella comarca, solicitando al general que fuese con las naves á su pueblo, y le daría quanto tuviese. Preséntale un cinto de quatro dedos en ancho, bordado de pedrería de hueso blanca y menuda como aljofar, sembradas algunas cuentecillas coloradas; y en lugar de bolsa una carátula con orejas, lengua y nariz de oro. Costó bastante el entender la embajada, y la significación de la palabra cacique, esto es señor de vasallos. Agradado Colón de la dádiva y las finas expresiones de Guacanagarí, quisiera complacerle al instante si el tiempo lo permitiese; y así se lo mandó decir, enviándole al escribano del armada con alguna gente en las barcas. A las quatro leguas sobre un río situado de la otra banda del cabo francés, que entonces se llamó punta santa, estaba la población, superior á todas las visitadas, por el número y bondad de las habitaciones, la disposición de calles, y una plaza muy barrida y aseada. Fueron recibidos los españoles con gran fiesta y regocijo, concurriendo á verlos y admirarlos millares de hombres, niños y mugeres. Desde el cacique hasta el ínfimo plebeyo todos se deshacían por

obsequiar á sus divinos huéspedes con lo mejor de sus casas, así comidas como paños de algodón, papagayos y pedazos de oro: el que en retorno alcanzaba una bugería, preciábala por cosa inestimable. Volviéronse los enviados en el mismo día, que era el 23 de Diciembre, venciendo las vivas instancias de los naturales deseosos de alargar mas un espectáculo que los tenia dulcemente embelesados.

31 La mañana siguiente con un vientecillo terral movió el armada al este: á poco sobrevino calma muerta, de modo que apenas en todo el día se anduvieron tres leguas. Como á las once de la noche, estando las naves sobre una punta de tierra, y las aguas en total sosiego; el general, que en dos días no habia dormido, se acostó sin cuidado. Lo mismo hizo toda la gente, y aun el piloto ó marinero á cuyo cargo se habia puesto el timon, fiándole á un muchacho contra la orden expresa de no hacer jamas tal confianza de mozos inexpertos. No bien pasada una hora, llevada la nao de las corrientes tocó en un bagío. Al sentirlo el muchacho dió voces: dispierta Colón, y á toda diligencia manda echar un ancora por popa. El maestre que recibió la orden y muchos marineros saltan en la barca, pero lejos de obedecer huyen á la caravela Niña distante media legua á barlovento. Muy

presto encallada la nao empezó á hacer agua en gran cantidad, y con la vaciante de la marea se dobló de lado, quedando casi en seco: así que de nada aprovecharon los recursos de alijarla y cortar el arbol. Por fortuna continuó la calma, y el capitan Vicente Yañez hizo su deber, obligando á los desobedientes á volver en socorro del general, y enviándole prontamente su barca. Con esto se salvaron todos en la caravela.

32 Amanecido el día 25 empezó á sacarse á tierra quanto habia en la nao: lo qual se egecutó con maravillosa presteza, por haber acudido al remedio un sinnúmero de naturales con sus canoas, mandados por Guacanagarí. Hábiale Colón enviado mensage con el alguacil mayor y Pedro Gutierrez repostero de la casa real, como por venir á verle habia naufragado á legua y media de su pueblo. Condolido el noble cacique no omitió género de servicio ó demostracion por favorecer y consolar á los españoles. No contento con la diligencia de sus vasallos, él por su persona proveía al buen orden y á la seguridad de las cosas que se iban descargando en la playa. En el día las mandó poner todas juntas cerca de la poblacion al cuidado de gente armada que permaneció en guarda toda la noche, y encerrarlas luego en dos bohios

grandes que se desocuparon de propósito. De tiempo en tiempo lloraba, y enviaba un señor á la caravela que llorando asimismo alentase al general con largos ofrecimientos y muestras de sincerísima voluntad.

33 Aun mayores demostraciones y ofertas le hizo el próximo 26 habiendo venido á visitarle. Donde acaeció llegar algunas canoas con naturales de otros pueblos á la usada permutacion de oro por baratijas, y un marineró con noticia de lo mucho que en igual trato grangeaban los nuestros que se hallaban en tierra. Pareció entonces cierta alegría en el triste semblante de Colón; y conociendo la causa Guacanagarí le hizo entender que en Cibao, no lejos de allí, habia mucho de aquel metal, y le haria traer quanto desease: que depusiese la pena, y bajase con él al pueblo. Condescendió Colón, ya por dar algun intervalo á sus cuidados, ya por inquirir las calidades del país, y sobre todo la riqueza de Cibao, voz muy halagüeña á su oído é imaginacion. El recibimiento y festejo de los habitantes fué tal, que olvidando los trabajos y peligros del mar, estimó por ventura la pérdida de la nave. Dióle el cacique una colacion de pescado, caza y otras viandas, tortas de cazabe, raíces y frutas de diversas especies. Él comió tambien con notable pausa, gravedad y limpieza, y en acabando se

lavó las manos habiéndolas primero refrescado con ciertas yerbas. Luego le llevó á ver unas verduras y arboledas muy graciosas, acompañado de innumerable gentío. A la vuelta le puso sobre la cabeza una carátula con buenos pedazos de oro en orejas, ojos, narices y otras partes, y al cuello multitud de joyas del mismo metal. Otra gran porcion de semejantes joyas distribuyó entre los españoles presentes. Colón satisfacía con baratijas de Europa, que estos naturales, como los antecedentes, apreciaban por cosa celestial y divina, y solian ostentarlas repitiendo la palabra TUREY, que en su lengua significa el cielo. Presumian discernir por el olor entre el oro de subidos quilates, y el bajo que llamaban guanín; y si lograban qualesquiera bugerías de laton, de plata ú otro metal blanco, las olian y declaraban por turey de inestimable precio, dando por ellas así las piezas de guanín, como las de oro finísimo. Especialmente daban sin dificultad quantas tenian por cascabeles, cuyo sonido les complacia sobre manera y hacia baylar locamente. Bien que ninguna cosa despreciaban como fuese de manos de nuestra gente que reverenciaban por sobrehumana. Un cabo de agujeta, una cabeza de clavo era un don sagrado y precioso. El cacique andaba muy ufano y regocijado con una camisa y

unos guantes, no menos abobado que los demas del pueblo.

34 Semejantes muestras de candidez, amor y hospitalidad en los habitantes, el buen temple y fertilidad de la tierra, y sobre todo la esperanza de enriquecer en breve con el oro que tan facilmente se adquiria, hicieron grata la suma dificultad de volver todos á España en la pequeña caravela; tanto que muchos se ofrecieron y aun rogaron para quedarse allí de primeros pobladores. Aceptó Colón su voluntad y deseo, prometiéndose de aquel establecimiento mucho crédito para con la corte, y la seguridad de llevar adelante sus grandiosas ideas en aumento del estado y de la religion. "Espero en Dios, escribía á los reyes, que á la vuelta que entiendo hacer de Castilla he de hallar un tonel de oro rescatado, descubierta la mina del oro y la especería, y tal riqueza de ello que antes de tres años pueda emprenderse la conquista de Jerusalem, en la qual protesté á vuestras altezas se gastase la ganancia de mi empresa." Ni la extension de la isla, ni la multitud de sus naturales, que una y otra juzgaba superiores á las del reyno de Portugal, le retraían de su pensamiento: porque segun eran aquellos hombres tímidos, desarmados y desnudos, aun quando depuestas las primeras impresiones de

veneracion ácia la gente del cielo quisieran conjurarse en su ruina, muy pocos españoles se creían bastantes para sojuzgarlos.

35 Confirmó la resolucion tomada el cacique Guacanagarí con nuevas demostraciones de amor. El dia 27 por la mañana volvió á visitar al general en la caravela, y se entretuvo con él hasta despues de comer, continuando en consolarlo y acariciarlo, prometiéndole cubrir de oro su cuerpo antes que partiese, y añadiendo afectuosas instancias para que se quedase á vivir y holgar en su compañía. En las cuales debió de tener mucha parte el terror pánico que estos pueblos tenían á los crueles caribes de otras islas, y el deseo de verlos destruidos con el favor de los nuestros. Cuya esperanza procuró Colón inspirar al cacique, dándole á entender que dejaría en su defensa parte de la gente, entre tanto él partia á España para volver luego con mayores fuerzas y copia de preciosos dones. Y á fin de arraygar mas y mas en los ánimos de los haytíes el concepto de la incomparable superioridad de los españoles, y de asegurar los afectos de temor y amor ácia los colonos que debian quedarse allí; dispuso varias pruebas y escaramuzas con todo género de armas europeas; y logró el efecto deseado, por la admiracion y espanto que produgeron